

ROBERTO J. PAYRO
LOS TESOROS DEL REY BLANCO



Anunciabase ya la primavera de 1529 cuando el capitán Francisco César, once hombres de a pie y de a caballo, Ramírez y otro intérprete, que mejor se hacían entender de los naturales por señas que por palabras, y los indios portadores que se pudieron conseguir, salieron de la Torre de Caboto – así también solían llamarse al fuerte de Sancti Spiritus – encaminándose al poniente.



Al despedirlo el capitán general le había mandado que, hallase o no hallase las tierras buscadas, regresara antes de los seis meses a darle cuenta de lo descubierto, para determinar entonces lo más conveniente al interés común, que quizás exigiera la unión de todos los españoles. Caboto iba a partir inmediatamente, río arriba, dejando en Sancti Spiritus un fuerte presidio para que lo defendiera de modo que si él no hubiese vuelto aún para la época fijada, el capitán César podría, a su regreso, aguardarlo

tranquilo y en completa seguridad.

Desde los primeros pasos, César y sus hombres entraban de nuevo en lo desconocido, sin más apoyo que sus escasas fuerzas pero con ánimo resuelto y sereno, si es serenidad el ansia siempre impaciente de la ambición. La gente confiaba en su capitán y el capitán en su gente, porque César siempre tuvo el don de infundir bríos a sus hombres y de ganarse todas las voluntades, como acabaron de demostrarlo, años después, sus temerarias campañas allende los Andes (**Nota** : Venezuela).

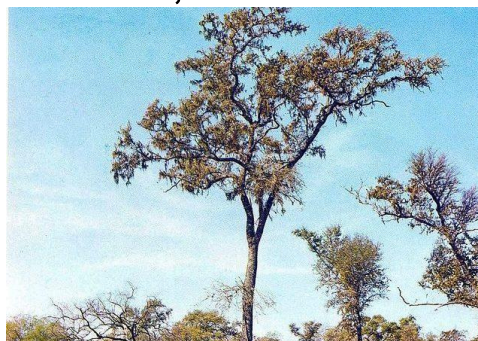
Muchas jornadas se hicieron sin mayores dificultades, pasando de grupo en grupo de chozas primitivas o de simples aduares, cuyos habitantes los recibían a menudo con amistad y agasajo, nunca con hostilidad. Alucinados con las baratijas que César llevaba para rescates y regalos, los indios le cedían, en teniéndolos, cuantos víveres necesitaba para su gente, y así podía mantener poco menos que intactas sus reservas. Y este buen entendimiento se mantuvo durante todo el viaje, pues César no se cansaba de repetir a los suyos consejos y órdenes para que no se cometiera el menor acto de violencia, salvo ataque a mano armada. Aun en este caso los españoles debían mantenerse, en lo posible, a la defensiva. Siendo tan pocos, su fuerza estaba en la paz, no en la guerra, y si mantenían la buena amistad con los naturales el éxito era seguro. Por

otra parte, y contra lo que habían contado en Santa Catalina Fuentes y Ramírez, los indios eran mansos, reverenciaban a los cristianos como a seres superiores, y ya tenían, por los del Brasil, noticia de su formidable poder, que para tan pueriles imaginaciones rayaba en lo sobrenatural. Además, los abalorios y herramientas de los rescates despertaban en ellos, como en los españoles el oro y la plata del Rey Blanco, una codicia que sólo podía refrenar el temor, y que en parte satisfacían las ventas y truecos.

Así cruzaron llanuras de mucha arboleda que ora se presentaba en forma de aislados bosquecillos, ora se convertía en una verdadera selva de esencias análogas a las entrevistas en la región de Sancti Spiritus, ñandubayes,



algarrobos, quebrachos,



talas chañares, que con la primavera comenzaban a florecer. El paisaje era dulce, apacible, variado en su monotonía aparente, y en otras épocas y con otros hombres hubiérase dicho que respiraba serena melancolía ; para César y sus compañeros era sólo un camino largo, pesado al fin, aunque bastante llano, y mucho más difícil que los de España a causa de las altas hierbas y los espesos matorrales. Pero más solía afligirles la falta de agua ; muchas veces, lejos de toda aldehuela de naturales y sin arroyo, laguna ni simple charca a la vista, era indispensable cavar pozos a fuerza de azadón en las hondonadas donde se había rezumado el agua de las últimas lluvias, y que presentaban señales de humedad, para encontrarse a menudo, después de tanta fatiga, con un líquido cenagoso y salobre que podía engañar pero no apagar la sed.

A medida que iban internándose disminuían los recursos proporcionados por los indios, muy escasos o del todo ausentes en ciertas comarcas, y fuerza era acudir a las provisiones que se acabaron un día ... Lo peor es que donde no había indios tampoco abundaba la caza, como si aquéllos dependieran de ésta, y así, más de una vez tuvieron que correr, a imitación de los naturales, tras de ciertos conejillos o ratones grandes sin cola, que los lenguas de la expedición supieron se llamaban **aperiá**, y vencida la primera repugnancia, César y sus compañeros convenían



en que la carne de la tal bestezuela tenía un sabor semejante al del **gazapillo silvestre** de España. Mejor caza, aunque mucho menos abundante, era la de venados y corzuelas, que todavía recelaban poco del hombre y se dejaban acercar, y la de jabalíes y aguties que tomaron por liebres. Pero más les sorprendió una extraña especie de ovejas leonadas, mayores y menos lanudas que las de Europa, pero más altas, ágiles y saltarinas, cuyo largo pescuezo las hacía semejar al camello africano que todos habían visto por lo menos en las Canarias : guanacos las llamaban los



naturales, pero durante muchísimos años fueron para los españoles las “*ovejas de la tierra*”. Eran, en realidad, plato poco apetitoso, coriáceo y de fuerte tufo, pero más de una vez bien venido ... Gracias a la sencilla pero incomparable salsa del hambre. César y los suyos gustaron también – y saborearon luego – la carne de otros curiosos animalejos que podían tomarse por tortugas en razón de su coraza ósea, aunque articulada, pero que no se les parecían por cierto en cuanto a velocidad y menos aun por la destreza y rapidez con que abrían en el suelo profundas cuevas donde soterrarse ; algunos de éstos, al sentirse perseguidos, se hacían, como los erizos, una bola, y ya no había delante que los abriera, ni a golpes, ni echándolos a rodar peñas abajo ; los que no gozaban de esta virtud apelaban a la fuga, trotando como acémilas cargadas o al soterramiento del que era muy difícil arrancarlos, pues solían, como los cangrejos las patas, dejar la cola en manos del cazador. Asados en su propia coraza, al modo indio, estos animalejos no tardaron en ser manjar apetecido y buscado de los españoles, que los comparaban con los más sabrosos lechoncillos y los preferían con mucho a las **torcazas** de los bosques,



las perdices de los prados, los **chorlos**



y los **batitúes** de los esteros,



los patos, cisnes, garzas y gansos de las lagunas...

Cazaron también muchas **vizcachas**, que al caer la tarde asomaban a la boca de sus cuevas subterráneas, pero que sólo siendo muy jóvenes tienen buen sabor y ceden al diente, y un ave del tamaño de una gallina o poco menos, de patas rojas y plumaje verde oscuro con reflejos metálicos, que vive, al modo del faisán europeo, encaramada en los árboles, vuela mal pero corre



bien, escondiéndose como un duende en la espesura, y que se llama **charata**, plato muy presentable hasta en la mesa del mismísimo emperador. Loros y lechuzas pichones fueron saboreados más de una vez, pero no así la iguana ni la **ampalagua**, horrendo y erizado lagarto la primera, espantable culebra la segunda, que solían hacer las delicias de los indios, aficionadísimos a la cola de la una y a los tarazonas del cuerpo de la otra, asados en el rescoldo. ¡Qué mucho que no hicieran ascos a tan repelentes reptiles!, si comían sin reparo la carne del **aguará**, especie de lobo o zorro, con garras semejantes a las del oso y pelaje gris amarillento, y hasta sapos y – lo que es más espeluznante

todavía – ¡grandes gusanos blancos que sacaban de los troncos derribados y podridos!

El capitán César, cazador forzado delante del Señor, era, de todos, el más resuelto y activo, así como el más observador. Diríase que ensayaba al par la guerra y la política, preparándose a próximas conquistas y futuros gobiernos. Durante jornadas abrumadoras para los más aguerridos parecía complacerse en hacerlas aún más rudas apartándose con largos rodeos del camino de sus hombres, sin preocuparse ni de las dificultades del terreno ni de los ardores de un sol africano. Conoció casi palmo a palmo la tierra que cruzaban y, de aspecto sino de nombre, todos los animales de pelo y pluma que la poblaban, desde las fieras, como los yaguaretés que creyó tigres y los pumas que apellidó leones, hasta los pájaros cantores, como el [zorzal](#),



el mirlo, el tordo



y el jilguero.



Su arcabuz y el arco indio, que aprendió a usar diestramente, derribaron más de un anta en el bosque, más de un carpincho en la orilla pantanosa de los arroyos ...

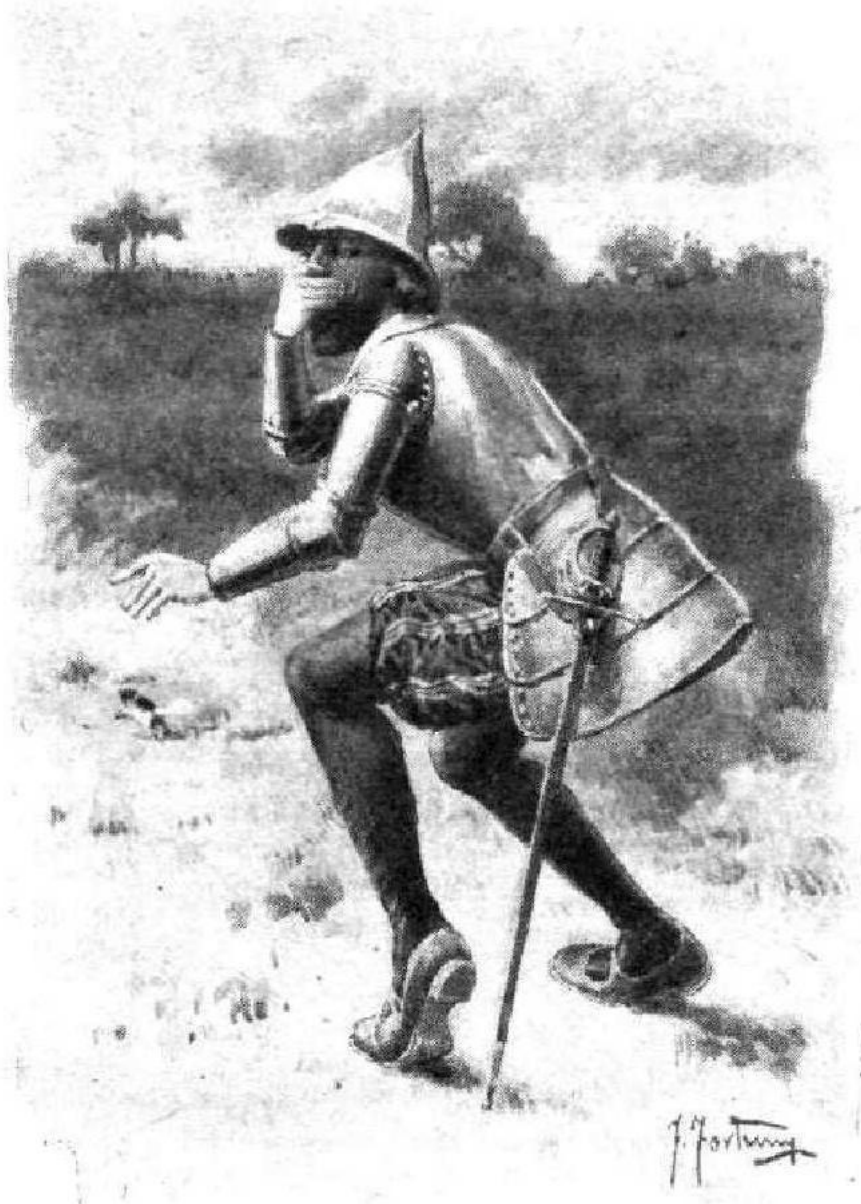
Y cierta tarde, cruzando un prado, vió, ya entre dos luces, una linda bestezuela que estuvo a punto de hacerle maldecir para siempre de la caza.

Era tan pequeña y al parecer tan mansa como un gatito doméstico, de hermoso pelaje manchado, y a César le pareció que podía tomarla con la mano, tanto se dejaba acercar.



Ya creía, agachándose, tenerla segura, cuando de pronto vió que volvía grupas y César tuvo que detenerse, enderezarse y echarse atrás como si hubiera tropezado, y tapándose las

narices, mientras la bestezuela desaparecía Dios



sabe dónde, en una cueva o entre los matorrales... Un olor fétido, penetrante, como no ha de exhalarlo el diablo mismo, le hizo dar vueltas el cerebro, nublándole la vista cual si fuera a perder el sentido.

Y lo peor es que el infernal perfume lo persiguió hasta donde acampaba su gente que, pese al respeto, y con más o menos disímulo, se apartaba de él como de un apestado. Y esto ¡ay!

duró varios días, sin que ni el aire, ni el humo, ni el agua logaran disipar tan horrendas emanaciones.

Después de averiguarlo entre los indios Ramírez le explicó lo que en su defensa y volviendo grupas había hecho el animalillo, que los naturales llaman **chinga**.

- *¡Donosa tierra ! – exclamó el capitán – Oro no encontramos, pero encontramos orines ...*

No renunció por este odorífero percance a sus aficiones cinegéticas, aunque diciendo que hubiera preferido verse cara a cara más con el fiero león que con el medroso chinga ; y buscando mejores piezas conoció, entre otros muchos, a los pájaros carpinteros que perforan los árboles a picotazos ; a los **horneros** que edifican sus nidos con barro y les dan la forma redonda de un horno ;



a los **loros** que, en las barrancas, a pico excavan minúsculas ciudades trogloditas y que, en el umbral de sus moradas inaccesibles, atruenan los aires con su algazara o que, en los bosques, se confunden, a bandadas, con el verdor del follaje y compiten a quién chille más con las vocingleras urracas ; al **chajá** que trompetea su alerta como centinela vigilante o que, en las horas cálidas del mediodía sube a mecerse entre las nubes, flotando en el aire abrasado ;



al **teruteru** que revolotea con bélicos alaridos, acometiendo al pasajero y amenazándolo, para apartarlo del nido oculto entre las hierbas, con las rojas púas de sus alas ; y sobre todo al **ñandú** que, agitando los muñones impotentes, corre con sus largas zancas puestas al revés, con la rodilla atrás, haciendo los más burlescos escarceos ... Aleccionados por los indios, los españoles buscaban con empeño los nidales de este avestruz americano, solían encontrarlos en forma

de hoyos llenos de grandes huevos, y asaban éstos al rescoldo, después de abrirles un boquete en la parte más ancha, revolviendo el contenido con un palitroque, y sirviéndoles de sartén el cascarea, lo mismo que la coraza-cacerola de los armadillos.

Los árboles de un bosque ralo, vistos desde lejos y en conjunto, parecen siempre apretada masa, y dan la impresión de una selva impenetrable ; así, también, la rápida revista de las cacerías de César podría sugerir que todas las aves y las bestias del paraíso terrenal estorbaban el paso de los españoles, ofreciéndose a porfía al honor de sus cacerolas o para alcanzar la gloria póstuma de ser por ellos asados al espeto. Exajerada ilusión sería, pues, a la verdad, solían pasar semanas enteras sin que el capitán y sus hombres cobrasen ni siquiera vieses más que insignificantes piezas, y el anterior catálogo abarca largos meses de marchas y acampamentos, en los que no faltaron sus días de feroz hambruna ...

Para remediarla también cataban colmenas instaladas en carcomidos troncos, relamiéndose como los indios con la "*miel de palo*" y desafiando para catarla el aguijón de las abejas y aun el de ciertas avispa que cuelgan de las ramas de los árboles sus nidos los camuatíes, grandes bolsas piriformes hechas como de cartón ... Pero más que del aguijón de las abejas y avispa tenían que guardarse de muchas víboras que escapaban a su

paso pero que, provocadas e irritadas por casualidad, sabían hincar las colmillos colmados de veneno inevitablemente mortal.

Regañando como buenos españoles, y como es uso inmemorial entre los soldados aventureros o de fortuna, poco hechos a la obediencia y sometidos, sin embargo, por la fuerza de las circunstancias a tan rudos cuanto interminables ajetreos, nuestra gente avanzaba sin embargo por comarcas más desiertas cada día, bajo un sol que comenzaba a calcinarles los tuétanos, siempre con la esperanza y la incertidumbre del mañana : la privilegiada tierra del Rey Blanco o la asechanza de alguna tribu traídora (traídora simplemente por enemiga), las riquezas y la holganza o el hambre y la sed. Tal solía ser la soledad, que a veces, en campo abierto, sólo llamaba su atención un puntito negro, casi inmóvil, que manchaba la atmósfera a vertiginosa altura : era la recepción que les hacía la montaña, era el cóndor que, dominando a las águilas y los gallinazos, a los halcones y los gavilanes, como éstos a las caracaras y a los **urubúes** ahitos de carnes putrefactas, escudriñaba desde el cielo, con ojo avizor, las colinas, los valles y los bosques ...



« Prosopis affinis, llamada comúnmente algarrobillo, espinillo, ibopé-morotí, o ñandubay, es una especie leguminosa. Se halla en Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay » :

https://es.wikipedia.org/wiki/Prosopis_affinis

« Mimosa de madera rojiza, muy dura que se aplica a muchos usos » :

<https://es.wiktionary.org/wiki/%C3%B1andubay>

OBRAS DE REFERENCIA.

Jean-Pierre **SÁNCHEZ** ; « *La cité des Césares* », chapitre XXXIII (volume 2, pages 729-762 + notes aux pages 833-837) in ***Mythes et légendes de la conquête de l'Amérique*** (Rennes, Presses Universitaires ; 1996, 953 pages, 2 volumes) :

<http://www.idesetautres.be/upload/SANCHEZ%20CITE%20CESARES%20MYTHES%20LEGENDES%20CONQUETE%20AMERIQUE%20CHAPITRE%2033%20PUR%201996.pdf>

La leyenda de los Césares

Ricardo E. Latchman (1929 ; "Revista Chilena de Historia y Geografía")

Sus orígenes y evolución

El origen de la historia

Segunda parte del desarrollo de la leyenda

La leyenda de los españoles perdidos

Las expediciones de búsqueda en el siglo XVI

La leyenda en el siglo XVII

El siglo XVIII

El estado actual de la leyenda

Conclusiones del autor

<https://pueblosoriginarios.com/textos/cesares/cesares.html>

DICCIONARIO DE PERSONAJES.

Sebastián **Caboto** (1477-1557). Ver : **MEDINA**, José Toribio ; ***El veneciano Sebastián Caboto, al servicio de España y especialmente de su proyectado viaje á las Molucas por el Estrecho de Magallanes y al reconocimiento de la costa del continente hasta la gobernación de Pedrarias Dávila*** ; Universidad de Chile ; 1908, 678 p. :

<https://ia601407.us.archive.org/35/items/elvenecianosebas01medirich/elvenecianosebas01medirich.pdf>

Rodrigo de **Acuña** : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 139, 142-143, 147-148, 153, 162, 188, 261-264.

Caracará. Cacique Cario de los alrededores de Asunción. (caracará = carancho. Nombre dado por los guaraníes a los Incas. LEON CADOGAN, "*Mil apellidos...*", p. 37). In RAMÓN **CÉSAR BEJARANO** ; **CACIQUES GUARANÍES DE LA ÉPOCA COLONIAL** ; Asunción, Editorial TOLEDO ; 1979, 16 páginas :

http://www.portalguarani.com/845_ramon_cesar_bejarano/18377_caciques_guaranies_de_la_epoca_colonial_1979_por_ramon_cesar_bejarano.html

Nombre extraído de ***Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*** por el Padre

NICOLAS **DEL TECHO** (versión del texto latino por MANUEL SERRANO Y SANS, ed. 1897).

Francisco **César** (14 ??-1538) : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 94, 98, 105, 128-129, 145, 154, 163-164, 192-198, 201, 218, 229-230, 234-237, 247, 270, 277, 296, 300, 311, 315.

En 1528 Francisco **César** y un grupo de compañeros realizaron una expedición al interior de la actual Argentina, siendo la primera vez que los europeos se internaron en la región central del país. La expedición fue parte del viaje de Sebastián Caboto a las islas Molucas, que desvió su ruta y se internó en la cuenca del Plata. César y sus compañeros originaron la leyenda de la mítica Ciudad de los Césares al relatar que habían visto una ciudad en la que abundaba el oro y la plata. Ver :

https://es.wikipedia.org/wiki/Expedici%C3%B3n_de_Francisco_C%C3%A9sar

« *Francisco César, conquistador de Antioquia* » :

<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/ilustre/ilus20.htm>

Guillaume **CANDELA** ; ***Domingo Martínez de Irala*** (p. 14) :

https://www.academia.edu/8980924/Domingo_Martinez_de_Irala_el_protagonista_de_la_historia_de_la_conquista_del_Paraguay_entre_1537_y_1556

Ver también « *Conversación de soldados* », capítulo 3 del libro 1 de ***El capitán Vergara*** (1925), novela histórica de Roberto J.

PAYRO :

<http://idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20CAPITULO%203%20LIBRO%201.pdf>

<http://www.idesetautres.be/upload/CAPITAN%20VERGARA%20PAYRO%20INDICE%2046%20CAPITULOS%20CON%20ENLACES%20INTERNET.pdf>

Francisco **César**. Voir, e. a. :

Guillaume **CANDELA** ; *Conquête Paraguay* , (p. 18) :

https://www.academia.edu/8981128/La_Conque_te_du_Paraguay_a_tra_vers_les_lettres_de_Domingo_Marti_nez_de_Irala_1545-1555

Paola **DOMINGO** ; *Naissance d'une société métisse* (p. 56) :

<http://books.openedition.org/pulm/523?lang=fr>

Voyez aussi « *Conversation de soldats* », chapitre 3 du livre 1 du *Capitán Vergara* (1925), roman historique de Roberto J. **PAYRO** :

<http://idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20CHAPITRE%203%20LIVRE%201.pdf>

Juan **Díaz de Solís** (1470-1516)

TORIBIO MEDINA, José ; *Juan Díaz de Solís. Estudio histórico* ; Santiago de Chile, impreso en casa del autor ; 1897, CCCLII + 252 p. (segundo libro : documentos y bibliografía)

<http://booksnow1.scholarsportal.info/ebooks/oca9/32/juandazdesol00medi/juandazdesol00medi.pdf>

Ver también *El Mar dulce* (1927), novela histórica de Roberto J. **PAYRO** :

www.idesetautres.be

« *Juan Díaz de Solís, Découvreur du Rio de la Plata* » :

<http://www.americas-fr.com/histoire/solis.html>

Voir également *La Mer d'eau douce* (1927), roman historique de Roberto J. **PAYRO** :

<http://www.idesetautres.be/upload/MAR%20D>

[ULCE%20FR%20PAYRO%20POSTFACE%20BGOORDEN%20LIENS%20INTERNET%20CHAPITRES.pdf](#)

Esquivel O **Esquibel**, Hernando de : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 108, 240.

Juan **Gómez** : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 95, 113, 114, 120, 132, 181, 189, 245.

Antón **Grajeda** : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 85, 105, 120, 129, 145, 150, 155, 158, 160, 164, 172, 173, 176, 177, 197, 198, 200, 209, 210, 218, 231, 241, 246, 301.

Martín **Méndez** : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 67-68, 71-73, 76-79, 82-84, 93-96, 98-99, 101, 105, 109-115, 121, 124, 132-133, 148, 150-156, 158, 172, 187-188, 190, 205, 213, 218, 227, 240-241, 246, 256-258, 266, 272, 287, 294, 296-298, 301, 304, 307, 313, 315, 320.

Enrique **Montes** : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 139-143, 145, 147-148, 153, 167, 213, 236, 250, 261-267, 280, 283, 299.

Nicolás de **Nápoles** : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 68, 73, 105, 113, 114, 116, 127, 132, 149, 194, 208, 209, 210, 212, 227, 236, 246, 250, 266, 270, 271, 277, 315.

Melchor **Ramírez** : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 140-143, 145, 147, 153, 266-267, 283-284.

Miguel de **Rodas** : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 67-68, 77, 93, 95-96, 100, 110-111, 115-117, 120-121, 124, 129, 133, 145, 150, 154-156, 172, 187-188, 213, 218, 227, 240-241, 246, 258, 266, 272, 286-290, 294, 296, 304.

Francisco Roxas o de **Rojas** : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 9, 70, 73-74, 79, 85, 93-95, 97, 107, 109, 111-115, 119-120, 124-133, 139, 143-144, 146-147, 149-150, 152-156, 172, 182, 187-188, 213-216, 224, 227-228, 230, 232-233, 235, 240-242, 244, 246-248, 255, 257-258, 260, 267, 272, 274, 278, 286, 288-289, 292-297, 304, 306, 308, 311-313, 315, 320.